

YO DECIDO, TÚ DECIDES, ¿ÉL DECIDE?



Creceer es tomar decisiones, valorando los pros y los contras de cada situación. Pero no es un proceso automático que se pone en marcha llegada cierta edad. Es un mecanismo básico que se va aprendiendo con los años y la práctica. Una habilidad en la que educar a los hijos.

Una de las situaciones que más angustia genera en padres y madres es la necesidad de ir soltando poco a poco las riendas sobre la vida de los hijos, permitiéndoles tomar sus propias decisiones. El temor a que se equivoquen y que las consecuencias del error sean irreversibles lleva a muchos padres a ver a sus hijos más pequeños de lo que realmente son. Prefieren decidir por ellos, amparándose en su mayor saber y experiencia, que arriesgarse.

Y, sin embargo, sólo ejercitando la toma de de-

cisiones puede una persona llegar a madurar. ¿Todas las decisiones? ¿En qué áreas sí y en qué otras no? ¿A partir de qué edad? ¿Cómo afrontar las consecuencias de una decisión equivocada?

Si fuéramos autómatas, programados desde el nacimiento para ir desplegando en el tiempo nuestras habilidades, nos ahorraríamos, ciertamente, un montón de sinsabores. Pero también nos privaríamos de la alegría de descubrir la manera en que ese hijo, esa hija, va desarrollando sus

propios criterios y depurando un estilo personal para hacer frente a las exigencias de una vida social en la que va sumergiéndose.

Una de nuestras más importantes responsabilidades como padres y madres es ayudar a nuestros hijos a tomar decisiones en las diversas esferas de su vida, de un modo racional. Un proceso de aprendizaje que no depende sólo de nosotros, pero que requiere nuestra participación para llegar a ser efectivo. Si todas las decisiones las tomamos

nosotros (desde el modo de vestir hasta la música que oyen), puede que no se equivoquen nunca. Por la sencilla razón de que nunca acabarán de nacer. Les habremos convertido en seres absolutamente dependientes de sus padres, incapaces de valerse por sí mismos en el mundo real.

Si, por el contrario, dejamos que sean ellos quienes decidan en cuantos asuntos tienen que ver con sus vidas, les estaremos exigiendo una responsabilidad excesiva, que desborda plenamente sus capacidades. Nos estaremos negando, por lo tanto, a ejercer una influencia educativa en sus vidas, dejando en manos del azar el acierto o error con los que se van construyendo.

Una de las tareas más apasionantes de esa aventura que es la educación, consiste en ir aprendiendo a reconocer los indicios que reflejan su capacidad de gestionar con acierto los pequeños retos con los que se van encontrando en las parcelas de responsabilidad que les vamos cediendo. Actitud vigilante, apoyo y refuerzo permanente tanto de los aciertos como del propio proceso de toma de decisiones, serán los criterios que han de presidir nuestro papel educativo.

COMUNICACION,

UNA RED DE PALABRAS QUE TEJEMOS CADA DIA

Antes que nada, escuchar

La comunicación es un proceso de acercamiento al otro (ese hijo, esa hija que a veces nos desconciertan), que exige de nosotros una escucha paciente. No basta con oír. Hablamos de asomarse al otro a partir del respeto por lo que desea transmitirnos. Lo contrario del monólogo en el que a veces incurrimos.

Sin hacernos pasar por "colegas"

Desengañémonos: no somos sus amigos. Somos sus padres, sus madres, personas adultas que han hecho de la paternidad un pilar importante de sus vidas. Les queremos de manera incondicional, asumiendo que nuestro amor pasa, en parte, por confrontarles con las normas sociales.

Expresando nuestros sentimientos

Debemos mostrarles cuánto les queremos, lo importantes que son para nosotros. Sin temor a manifestar nuestros sentimientos con la palabra y el gesto. Sin caer en la cursilería, ni quedarnos en la sobriedad de quienes, por dar por supuesto que sus hijos ya saben que se les quiere, renuncian a decirselo.

Sin dejar de ser una referencia

Debemos hacerles partícipes del modo en que nos posicionamos ante la realidad. La negligencia ("ya le educan en el cole"), o la permisividad ("que haga lo que quiera"), nos anulan como interlocutores, y deja en manos del azar su exploración de la realidad. Compartimos con ellos los valores importantes de nuestra vida, no para que los absorban acríticamente, sino para que los usen como referencia para ir creando los suyos propios.

Una sola referencia

Padre y madre somos dos personas con elementos comunes y no pocas diferencias. Y así, ya la propia vida familiar constituye un aprendizaje de la pluralidad que caracteriza la vida social. Pero en las cuestiones referentes a la educación de los hijos, hemos de hablar con una sola voz. Resolvamos en la intimidad nuestras distancias y démosles mensajes claros y compartidos.

"Comunicación", una palabra repetida hasta la saciedad, sin reparar siempre en sus múltiples significados. Veamos algunas de las claves que pueden favorecer una comunicación efectiva cuando la preadolescencia empieza a vislumbrarse; algunas pistas para reflexionar sobre el modo de comunicarnos con nuestros hijos e hijas que van dejando atrás el territorio seguro de la infancia.



Imposible no comunicar

Nuestras conductas hablan más alto y más claro que nuestra voz. Nuestros hijos captan inmediatamente cualquier contradicción entre ambas, lo cual merma nuestra credibilidad. El "haz lo que yo diga y no lo que yo haga", no es precisamente una propuesta educativa. Para tu hijo cuentan tanto tus palabras como tus actos.

Concedores de nuestras expectativas

Tienen que conocer lo que esperamos de su comportamiento, las normas que regulan la vida familiar (la "Constitución" que en nuestra familia hemos establecido), y las consecuencias de su posible transgresión. Las expectativas paternas son una guía positiva y referente para la conducta de los hijos que aprenden así que no todo da igual.

Pronunciar con acierto el "no"

Se habla en nuestros tiempos de la "tiranía" que muchos hijos ejercen sobre sus confusos padres. Padres y madres que, con la mejor de las voluntades, se sienten incapaces de negar algo a sus hijos, perdiendo de vista que les están incapacitando para afrontar la vida real.

Nos deben interesar sus amistades

Necesitamos saber cómo se relacionan con sus amigos y amigas. Debemos mostrar una saludable preocupación por conocer sus habilidades para hacer y mantener amigos, si se comportan con ellos de manera positiva, y si en sus relaciones sociales actúan de acuerdo con los valores en que intentamos educarles.

Y su vivencia del tiempo libre

Conocer cómo disfrutan de su ocio y ser parte importante de ese disfrute. Frente a la imagen habitual de padres ausentes, demasiado ocupados para "perder" el tiempo con sus hijos, padres y madres que gozan de su compañía.

Ayudarles a disfrutar del saber

A valorar el esfuerzo y la disciplina que el aprendizaje requiere. Actitudes que no nacen espontáneamente, sino que vamos ayudando a modelar a partir del interés que manifestamos por su estudio. Sin limitarnos a reprenderles cuando su rendimiento académico no se ajusta a nuestro deseo.

Y a desentenderse de las drogas

Ayudamos a nuestros hijos a que se quieran a sí mismos y se relacionen con los otros con respeto, a que valoren ciertas normas y aprecien el acceso al saber y el disfrute positivo de su ocio. Y esperamos que estas actitudes y valores les sirvan para adoptar un estilo de vida en el que las drogas no tengan cabida.



Padres y Madres

REVISTA DE LOS PADRES Y MADRES DEL PROGRAMA "LA AVENTURA DE LA VIDA"

PREADOLESCENTES, ESOS "LOCOS BAJITOS" QUE CAMINAN HACIA LA AUTONOMÍA



En esa maravillosa aventura que constituyen la maternidad y la paternidad, asistimos con sorpresa, ilusión e inquietud a la entrada en esa edad difusa que comienza con la preadolescencia y lleva a nuestros hijos e hijas a convertirse en sujetos cada vez menos dependientes de nosotros.

LA MAGIA DE LA INFANCIA

Un nuevo hijo llena de promesas la vida de sus padres. No habla, no camina y vive sujeto a servidumbres fisiológi-

cas. Incapaz de aplazar la satisfacción de sus necesidades, encuentra en sus padres un amor incondicional que le ayuda a sentirse seguro en un mundo caótico que

apenas empieza a intuir. Nuestra guía como adultos que le abren al conocimiento de un mundo impregnado de afectos, dejará en su vida una huella duradera.

METAMORFOSIS ADOLESCENTE

En un proceso que padres y madres sentimos excesivamente rápido, el niño va dejando de ser mero apéndice de sus padres para disfrutar de una autonomía creciente.

Amigos y compañeros empiezan a jugar un papel cada vez más destacado en sus vidas, constituyéndose en fuentes de influencia que acabarán escapando a nuestro control.

CONVIVIR CON LA INCERTIDUMBRE

Y es saludable que así sea. Pero este tránsito no vacía nuestra función paterna, sino que la llena de nuevos contenidos. Con su metamorfosis, cambiamos también nosotros. Acompañamos educativamente este proceso de cambio saludando con expectación y entusiasmo los nuevos desafíos a que nos enfrenta la adolescencia.